

PRÓLOGO

Cuando abrí la puerta me encontré con la cara morena del empleado de correos. Abrió la boca para saludarme y me ahogó con su aliento a cebolla y a ajo. Recibí el paquete justo en el momento en que empacaba mi valija para mi próximo viaje. Sentí frío, el de verdad, no aquel que habita mis interiores, del que tal vez me despoje ahora que viajo a Buenos Aires.

El frío me obligó a mirar por la ventana para contemplar la cara blanca del invierno y escuchar la voz en sordina de la nieve, que parece un murmullo cuando cae al suelo.

Mi viaje a Buenos Aires y el paquete están íntimamente ligados; el primero es consecuencia del segundo. ¿Y qué ropa debo llevar?

A pesar de que el empleado de correos ya se fue hace más de media hora, volví a sentir el olor a cebolla y a ajo, y se dibujó en mi mente su sonrisa asiática recodándome que en Suecia, mi país, tengo compatriotas con rostros asiáticos, africanos, latinos e indios. Abrí la ventana para permitir que penetre el frío invernal y se lleve consigo los malos olores.

La ropa a empacar tendrá que ser de verano porque al otro lado del «charco» es el reino del sol. Aquí es invierno. Además ¡qué oscuro es mi país! El paquete me mira desde una esquina de la mesa, está todo despachurrado, su contenido está desparramado, aunque con un cierto orden.

Son papeles, algunos escritos a mano con una caligrafía trémula. Figuran informes médicos y policiales, garabatos, poemas a medio construir, varios textos titulados «monólogos», una fórmula matemática y una hoja con dibujos.

No me avergüenzo al confesar que derramé algunas lágrimas cuando fui leyendo y ordenando con paciencia de orfebre el sumun del 53.08.02-9159. Tardé en recomponer la urdimbre de recuerdos. Ya en horas nocturnas de aquel sábado solitario volví a ser el periodista novato de la época en que lo conocí, y con él a muchos «latinos» que fueron llegando con los sueños revueltos y con cuerpos y almas lacerados.

En aquel entonces me era difícil comprender la mentalidad de algunos de ellos, sobre todo de los que provienen de países indígenas; no dicen las cosas directamente, hacen rodeos, dicen hipérbolos, se esconden tras complementos de los complementos. «¿Así será pues no?», sugieren para ocultar su desacuerdo.

Los argentinos de Buenos Aires, en cambio, son brutales cuando dicen sus puntos de vista, será por eso por lo que no los quieren en ningún lado. Yo soy uno de ellos, aunque solo mitad, el otro cincuenta por ciento, o tal vez menos o quizá más, soy sueco. No, no, no me hago el sueco. Mis padres son de Södertälje, se fueron a vivir a Buenos Aires, donde vivimos algunos años, justo los necesarios para adorar el asado de tira, los ñoquis de los domingos y gritar a voz en cuello: «¡Viva Boca, viva Boca!». Pero Buenos Aires es también dolor, desesperación y el recuerdo de la ruptura de mis padres. Con toda seguridad puedo decir que, en aquel momento, lo odiaba; quizá hoy menos, o simplemente lo tengo olvidado al porteño, profesor de tango y milonga que me dejó sin madre. A los doce años deja una huella imborrable, a pesar de que mi padre jamás volvió a hablar del tema, ese silencio era interpretado por mí como un grito ahogado de dolor. Ah... ¿el paquete?

El 53.08.02-9159, remitente del paquete que está abierto y que me mira sin mirarme, resulta ser menos boliviano que mi mecánico Gabriel. Este último tiene cara de bretón, su filosofía de vida se resume en una contradicción: «Estoy recontra caliente con este frío de mierda».

El 53.08.02-9159 es un *indian* diferente, intuyo que él lo sabía. Descubrí la diferencia al indagar su vida por encargo de nuestra

exmujer, que en el fondo implicó viajar a Bolivia a buscar a su madre. Debo admitir que también jugó un rol la natural curiosidad de periodista y mi propia interrogante existencial.

Hay colegas que me preguntan por qué tuve que ir a buscar a una madre ajena cuando podía ir a buscar a la mía, a la que no la veo desde que mi padre y yo retornamos a Suecia. Al principio eran cartas, luego postales y al final ni siquiera saludos de cumpleaños o de Navidad. Como dicen allá: «Mi madre se borró». Quizá por eso me fui a buscar otra madre para que el hijo, que me dio el encargo, no se sienta como yo. Además me lo pidió mi exmujer, que me abandonó por el autor del encargo. Es más, mi psicólogo me lo aconsejó como parte de la terapia. Recuerdo que me dijo:

—Tienes dos problemas. No está terminada tu relación con tu exmujer, la sigues mencionando a pesar de los años transcurridos y, lo más importante, es tu determinación de buscar a una madre ajena. Inconscientemente es la sustitución de tu propia búsqueda. El viaje a Bolivia puede desbrozar tu inconsciente, lo cual es importante a la hora de iniciar la pesquisa de tu propia madre. ¡Buen viaje!

Es también una forma de pagar mis pecados. Le hice más de una trastada a mi exmujer, a la que conocí cuando Suecia se reducía a la expresión colectivista: «Nosotros podemos más que tú», «Nosotros somos mejor que tú». Fuimos una familia como cualquiera con dos hijos que pertenecen a la generación del «Yo puedo más que ustedes», «Yo soy mejor que ustedes». Padres colectivistas socialdemócratas, hijos individualistas neoliberales, algunos viviendo en el exterior.

Y la nieve sigue cayendo. Hace piruetas. Se detiene burlando la ley de la gravedad y vuelve a danzar en círculos y desaparece. Faltan muchos meses para el verano, estación en la que perdí a mi mujer.

Cuando conocí al *indian*, o mejor dicho cuando creí que lo conocía, en nuestra época colectivista, mi mujer se fue con él y me dejó con mis dos hijos igual que mi madre que me dejó con mi

padre. Cuando indagué sobre la vida del que fue amante de mi exmujer aprendí muchas cosas no solo sobre él y sus amigos sino sobre los países por donde había pasado, la política y sus efectos, mortales en algunos casos.

A los suecos nos pasa algo extraño, pues a pesar de vivir lado a lado sabemos poco o nada de nuestros vecinos, de nuestros inmigrantes, de nuestros refugiados y a veces hasta de nosotros mismos. Yo tampoco sabía mucho de él y, luego de aquella fiesta de verano, no tenía ganas ni de verlo.

Parece raro, pero me sorprendió mi propia reacción cuando ella me pidió reconstruir la vida del *indian*, con los pedazos de aquí y de allá; supongo que la explicación está en los sentimientos que estaban ahí, debajo de mi piel. Confieso que soy débil frente a las mujeres, además de ser curioso, a veces muy curioso.

La historia del *indian* es también un poquitín mi historia y la de Pía, y la de algunos con los que tenemos parecidos, hasta se puede afirmar que es parte de la historia de nuestros países.

Las indagaciones no pasaron de algunos meses, él estaba dispuesto a someterse al examen porque de alguna manera tampoco sabía bien quién era, pues tenía un problema agudo de identidad. Me habría gustado que se enterara que, a pesar de todo, aprendí a quererlo como a un ser humano. Y me habría encantado decirle que el pasado no está paralizado y que al contrario tiene una dinámica dictada por un futuro aún ausente. Tal vez se lo sugerí.

¡Qué frío! Olvidé cerrar la ventana. La valija está lista. Como un amuleto llevaré el banderín de Boca que me regaló mi padre aquella tarde de choripanes y gritos en la Bombonera cuando le ganamos a River. No voy a salir a ningún lado, me quedaré encerrado en este piso hasta mañana en que me voy a buscar a mi madre. Siento que mis mejillas se humedecen por el lento paso de una lágrima. Lloro por él y por mí.

Capítulo 1

¿QUIÉN ES ÉL?

No se extrañen de que lo llame por su número personal, pues en Suecia todos tenemos unas cifras personales que registran nuestro nacimiento; el mío, por ejemplo, es 50.06.21-4799. Nací en Haparanda, en 1950, un caluroso 21 de junio, para los latinoamericanos sería un helado día invernal. La penúltima cifra habla del género, el resto de los tres últimos números es resultado de una simple multiplicación por 2 que evita la repetición de los dígitos. Es decir, hay un solo 4799: soy único.

El nombre de pila del 53.08.02-9159 es Gualberto. Como ya les conté, fue quien me dejó de padre «soltero» con dos niños, pero... esa es otra historia. Nunca fuimos amigos, pero a pesar de todo, tenía algo que despertaba mi simpatía.

Le perdí la huella cuando se fue con Pía, mi exmujer. Lo volví a ver algún fin de semana cuando le tocaba a Pía ser mamá a tiempo completo y recogía o dejaba a mis dos hijos cuando eran pequeños. Gualberto y yo nos hemos tratado con ecuanimidad, hasta con simpatía y educación de clase media sueca. Pero conocer sus entresijos familiares, no, y menos los psicológicos.

Cuando lo conocí era monotemático con «-ismos» aprendidos en su país de origen: «minerismo», su abuelo fue trabajador del subsuelo, como decía él. «Indigenismo», porque sus padres eran del campo. «Pobreísmo», solo Haití es más pobre que su patria. «Sojuzguismo», todos sojuzgan a alguien, la mayoría lo hace con

la mujer. Y «ningunismo», que descubren cuando salen de su «enclaustramiento».

Tengo la impresión de que los «-ismos» del 53.08.02-9159 son un mal nacional metido en los meandros del alma de sus compatriotas, conocí a algunos que llegaron a Suecia.

Hay quienes incluso han utilizado estos hechos de suyo lacerantes y los exponen como muñones para que alguien les tire unas moneditas. A veces pienso que los «-ismos» son solo el instrumento con el que practican el «jesucristianismo» de los católicos, que no es otra cosa que la eterna búsqueda de compasión antes que de amor verdadero o del sentimiento de igualdad que tenemos los luteranos, no importa si socialdemócratas o liberales.

Lo conocí en Alvesta cuando como reportero del *Kronobergsbladet* fui a entrevistar a los revolucionarios latinoamericanos que Suecia había acogido como refugiados políticos. Yo era el único de la redacción que hablaba la lengua de Carlos Fuentes, porque no hablo la de Cervantes. Quiero decir que para mí «casa» y «caza» suenan igual. Además, fue mi primer trabajo.

Gualberto llegó con un grupo de argentinos y uruguayos, él y el «griego» Karkamanis eran los únicos bolivianos del grupo. Vinieron directamente desde una cárcel argentina, cuando la capital del tango era un gran campo de concentración. Entonces lo llamaban Víctor, era su alias revolucionario, porque Víctor es el nombre de un político que en su país hizo una revolución o Víctor era lo más cercano a «victoria» en masculino. Los nombres propios y los apodos en esos países provienen de políticos o de revolucionarios, de victorias que normalmente son derrotas, de estrellas de cine, o de sonidos que impresionan como la *Yusneivi* de La Habana, que en la realidad era *USA Navy*, un sonido contrarrevolucionario que le había gustado a su madre mulata.

Gualberto me cayó bien porque era el que menos hablaba de un grupo que se atoraba contando hazañas revolucionarias. Nunca comprendí por qué salieron al exilio si protagonizaron tantos exitosos operativos y emboscadas guerrilleras.

Por las entrevistas que hice en el campamento de Alvesta me enteré de los horrores de la represión en Bolivia, Chile, Argentina y Uruguay, países de donde llegaba la mayoría. Aún hoy mis compatriotas, y yo entre ellos, no entienden eso de la tortura, la vejación, la cárcel por motivos políticos, la represión, el asesinato como método para combatir opositores políticos. Es imposible internalizar esos hechos. En las guarderías infantiles se enseña a respetar la vida incluso la de las arañas y las moscas, aunque estas últimas son más bien pocas debido al intenso y largo invierno. Ahora hay unas pocas más, que las malas lenguas dicen que llegan en el equipaje de los refugiados africanos; yo estoy seguro de que son producto del efecto invernadero.

Al no ser capaces de matar una mosca nos suicidamos a menudo; es decir, preferimos hacernos daño nosotros mismos que darle un sopapo al hijo del demonio que nos quitó a nuestra mujer. Somos reprimidos religiosos, luteranos culpables de todo, hasta de la Creación. Nuestros insultos van desde Satanás, Diablo, infiernos, hasta ¡Cristos!, mientras que ellos son reprimidos sexuales, por eso tantas chuchas, pollas, pijas, conchas, chingadas o concha tu madre.

Gualberto era más bien tímido, parecía tener vergüenza de ser un refugiado político. En la entrevista para mi diario me relató sus penurias en la prisión argentina, me dijo que lo torturaron por tres motivos: por izquierdista, por indocumentado y por «bolita»; es decir, por boliviano. Es más, lo entregaron al Gobierno de Bolivia, que al no poder sacarle nada, lo devolvió a la prisión argentina en un estado cercano a la muerte. Y no solo eso, sino que lo sometieron a un simulacro de fusilamiento. Quedó grabada en mi mente una expresión que fue el comienzo de mi simpatía, que luego se diluyó. La expresión es: «En mi continente no se muere solo una vez como aquí».



INFORME

El refugiado 53.08.02-9159 llegó al campamento de Alvesta con el oído interior izquierdo infectado, con el tabique nasal roto y con anemia. Se han podido observar algunas cicatrices en el cráneo, la espalda y los muslos.

No se encontraron otros traumas que no sean los psicológicos.

Relató, con ayuda de un intérprete, que en estos primeros quince días ha sufrido por lo menos nueve pesadillas que lo dejan despierto el resto de la noche.

Las pesadillas son siempre las mismas: un simulacro de fusilamiento y un rostro de mujer (que podría ser el de su madre, según él) que se le aproxima hasta estallar en su rostro como una bomba.

Se le han recetado somníferos y en quince días debe volver a un nuevo control.

La falta de sueño puede ser causa y efecto de la depresión.

Yvonne Hågström
Secretaria/enfermera



Capítulo 2

RECUERDOS

Con los años, la Odengatan se ha convertido en una calle de cafetines donde sobresalen algunos, sobre todo aquellos con un *touch* italiano en los que no solo sirven *espresso*, café *latte* y *macchiato* sino pastas ligeras y vinos de Basilicata.

Era un día espléndido de esos prometedores que ponen optimista el alma y el espíritu liviano como una pluma. Pía, mi exmujer, me había convocado al café Non Solo Bar. «Tienen los mejores *espressos* de Estocolmo», me dijo. Cuando entré al bullicioso cafetín de la Odengatan, la ubiqué sentada en esos taburetes altos en los que parecía un monumento moderno hablando con Kristos, el dueño del local. Sin duda, la madre de mis hijos luce bien, muy bien. Sus ojos siguen hablando como siempre, sonrío con ellos, saluda con ellos, además de ahogar a hombres como yo en las profundidades de ese par de mares oscuros. Pía no es el arquetipo de la sueca, no es ni rubia, ni demasiado alta, podría pasar por francesa, italiana o porteña.

—Aquí estoy —le dije y le di un beso en la mejilla poco común entre succos de mi generación; esos son los momentos en que me sale el porteño oculto tras mi piel rubia y pecosa. Era hora del café de media tarde y el Non Solo Bar estaba lleno de parroquianos que hablan en varias lenguas; sobresalía el griterío de los taxistas croatas. Luego de pedir un jugo de naranja le pregunté la razón de la cita.

—Supongo que recuerdas a Gualberto Paniagua Mamani... Al fin y al cabo, te dejé por él, de él quiero que hablemos.

—Cómo voy a olvidar a semejante personaje.

—Sabes que estoy separada de él, hace ya tiempo, pero mantengo una amistad sin condiciones. Lo ayudo en sus trances psicológicos.

—¿De qué trances psicológicos hablas?

—Gualberto es depresivo, y justo ahora está entrando en esos infiernos negros y oscuros, y creo que tú eres el indicado para ayudarlo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Hay mucho oculto tras la piel de Gualberto, a veces descubro el valor de su tristeza y me parece que tiene derecho a ser feliz y lograrlo puede ser muy simple, pues solo necesita saber quién es él mismo y la pieza fundamental es su madre. Quizá este encargo te ayude a resolver tu propia búsqueda. Estoy segura de que aún no sabes nada sobre tu propia madre.

No le respondí nada, pues Pía parecía obsesionada con Gualberto y no explicaba en qué podría consistir mi ayuda. Alcancé a decirle que Gualberto construyó su presente y su futuro en Suecia, y agregué:

—Parece que con mucho éxito.

—Sí, es verdad, pero en el fondo tú y muchos más lo siguen considerando como el simple y llano 53.08.02-9159. No te has enterado que Gualberto es un excelente ingeniero cibernético.

—La verdad es que me interesaba cuando era un refugiado político desamparado. La invitación a aquella maldita fiesta en casa es la prueba de mis viejas simpatías. En el fondo, Pía, creo que ni tú sabes quién es y tu curiosidad está jugando un rol importante.

—Sí, puede ser. Lo que me molesta profundamente es que sus colegas discuten y debaten con él sobre temas cibernéticos pero ninguno de ellos ha ido a visitarlo en su ático de Siberia y tampoco lo invitan nunca. Departe amigablemente en todas las fiestas de fin año con el personal de las empresas en las que trabajó, pero al día

siguiente vuelve a ser el 53.08.02-9159; es decir, vuelve a la categoría profesional del colega y no del amigo.

Lo dicho por Pía me hizo pensar si esa «presencia ausente» no era mejor que lo que hicieron sus compatriotas latinoamericanos del exilio, que lo llamaban despectivamente «el indio del ERP».

Cuando Pía volvió a su trabajo, yo me quedé en Non Solo Bar. Debo confesar que mi exmujer me dejó turbado, en el fondo nunca pude sacármela del corazón. No me comprometí en nada, pero Pía sabe sembrar preguntas en mi ser, conoce mi curiosidad y mis debilidades. Me temo que terminaré haciendo el papel de psicólogo y detective privado.

Salí del Non Solo Bar y me fui caminando hacia la avenida Sveavägen para tomar el metro e irme al trabajo. El cielo se había oscurecido y las nubes amenazaban con lluvia. Advertí que no tenía paraguas, por lo que apuré el paso.

Sentado en el metro al lado de una mujer que leía un libro en árabe, volví a lo de la charla con Pía. La primera pregunta que surgió fue la simple y reiterativa: ¿Por qué? ¿Por qué me elige a mí para una pesquisa sobre, permítanme el exabrupto, mi rival? No creo que quiera cobrarse una vieja deuda. Mi pasión por su amiga íntima con la que me encontró encamado se la cobró el día que me abandonó por Gualberto. El alejamiento de mis hijos, según Pía, es totalmente culpa mía. No se da cuenta de que si hay culpas para ese alejamiento deberían ser compartidas; tampoco puede ser una razón para pedirme el favor. Ni tan siquiera mi tradición de enamorarme de alguien, una vez al año, podría estar igualmente jugando un rol. ¿Por qué? ¿Será posible que yo sea al único en el que sigue teniendo confianza? La gran concesión, sobre todo a nuestros hijos, ha sido pasar la Navidad juntos. Siempre lo hemos hecho, incluido el tiempo en el que estuvo viviendo con Gualberto, porque revolucionarios sí, pero burgueses también.

La señora del libro árabe me miró y se rió al tiempo que me preguntaba, en un buen sueco, si le había dirigido la palabra. Enrojé

de vergüenza porque significaba que había pensado en voz alta, y le pedí disculpas. Desvié la mirada a la ventanilla del vagón de metro donde se reflejaban los rostros de los pasajeros del frente y me entretuve mirando rostros borrosos que no se enteraban que los estaba escudriñando. El metro paró en la estación de Hötorget, la señora del libro árabe me preguntó si la siguiente estación era Slussen y yo, atento, le expliqué que primero debíamos pasar por Centralen y por Gamla Stan. «Hace la casualidad», le dije, «que yo también voy a Slussen». La señora me agradeció y abrió una corta conversación sobre el clima y el libro. No estaba escrito en árabe sino en persa y se trataba de una traducción de los poemas de Pablo Neruda. Farida, así se llamaba la señora, había crecido en Suecia, pero ahora radicaba en Alemania, con una hija casada con chileno. El nombre del país me introdujo de nuevo en mis elucubraciones, salí de la estación de metro y me fui caminando a mi trabajo. Y me dije: «Ante la caída del muro de Berlín, Pía querrá volver a mí, retomar el amor de su juventud, preñado de ideas socialistas y revolucionarias, como forma de evitar la ruptura ideológica. Porque lo que hizo con Gualberto fue sentir la violencia de la trasgresión revolucionaria, algo que yo también lo hice con la «tupamara». Teníamos el interés de ser revolucionarios por ósmosis, pero en el fondo celebramos la Navidad, como nuestros padres, que para ellos no fue tanto la ceremonia religiosa como la tradición socialdemócrata de la casa o el hogar popular que incluía los regalos, gracias al nuevo nivel económico y social. El límite ideológico del país no pasa del reformismo y tampoco el de nuestros espíritus. ¿Será que quiere volver a rehacer lo deconstruido por el tiempo? ¿Por qué diablos tengo que politizar hasta las relaciones de pareja?».

Mis pensamientos siguieron revolotearon como pájaros asustados cuando llegué a mi trabajo. Levanté las cejas como señal de saludo a la recepcionista y seguí hacia el ascensor y de pronto recordé la segunda vez que vi a Gualberto en Alvesta. Mi diario me envió a cubrir una batahola entre refugiados por culpa de una noticia de nuestro matutino.

«Suecia concederá asilo político a los curdos de Turquía», decía el titular del *Kronobergbladet*. El titular era noticia en boca de un sueco, pero bajó a la categoría de rumor en boca de un refugiado analfabeto. En el campamento de Alvesta ningún asilado podía vanagloriarse de leer en sueco la prensa matutina, por eso el titular tuvo que ser confirmado por el director del campamento que los alojaba.

En estos casos y en semejantes conglomerados, los que más hablan son los conspiradores y fabuladores. Uno de esos agregó a la verdad la posibilidad de que los curdos llegaran al mismo campamento de los refugiados latinoamericanos.

La directiva de refugiados deliberó y luego convocó a las masas; es decir, a Gualberto Paniagua Mamani y los otros cincuenta más para discutir el supuesto arribo de los curdos al campamento de refugiados políticos de América Latina.

—¿Quiénes son?

—¿Son de izquierda?

—Lo mejor es que no nos mezclen.

—Sí. Aquí en Alvesta queremos estar solos entre latinoamericanos. ¡Que no nos traigan turcos, carajo!

—No son turcos, son curdos... de...

—¿Serán de izquierda? ¿Marxistas, revolucionarios como nosotros?

—No importa que lo sean, seguro que tienen otras costumbres, otra cultura.

—No, no, carajo, que no nos junten con desconocidos. Puede haber incrustados, «buzos» o soplones.

—Pero... compañeros, son refugiados, perseguidos como nosotros. No podemos ser tan egoístas.

—¡Cállate, carajo! Ya te voy a querer ver con un curdo o turco al lado.

—...racistas. No podemos olvidarnos...

—¿Racistas nosotros? ¡Los suecos son racistas!

—¡Cómo dices algo así! ¿No ves cómo nos tratan? Nos están

enseñando su cultura, sus canciones, su idioma y además gratis, eso no es racismo.

—Los otros latinos que viven aquí desde antes me han contado que hay racismo estructural.

—¿Y eso qué es?

—Sea como sea, compañeros, el tema curdo no tiene un carajo que ver con esta discusión.

—Nosotros no queremos a los curdos metidos al medio de nosotros. ¿Estamos?

—¡La puta madre! «Bolches» racistas.

—Si hay algo que no le perdono al «bolche» de Stalin es que no liquidó a todos los «troskos» como vos.

—¡Joder... párenla!

—¡Cállate, boludo de mierda!

—Compañeros, cálmense.

—No seas obsecuente con la coexistencia pacífica.

—Yo he sido un perseguido, ellos son también perseguidos... tienen derecho a ser recibidos como asilados y los suecos sabrán dónde los van a acomodar.

—¡Ahhh! El indio del Ejército Revolucionario del Pueblo habló. ¿Quién escribió tu discurso?

—Y tú, cojudo, si quieres hablar pide la palabra primero.

Estoy casi seguro de que el hecho de ser testigo de esa reunión, que hoy recuerdo en tono de mofa, me aproximó a Gualberto, porque él fue el más sensato: «Yo he sido un perseguido, ellos son también perseguidos... tienen derecho a ser recibidos como asilados y los suecos sabrán dónde los van a acomodar», dijo y sus palabras quedaron resonando en mi cabeza. A poco, quedamos solos él, yo y un fotógrafo que tomó un par de fotografías de la triste reunión que no dio para mucho porque en la edición del día siguiente la historia se redujo a dos líneas y sin fotos. Luego que se fue el fotógrafo, invité a Gualberto a tomar un café en un Konditori del pueblecito de Alvesta.

«Somos víctimas de la intolerancia y el primer día de libertad aprovechamos para ser intolerantes», dijo como disculpándose de la reunión. Intentó dar una larga explicación de los prejuicios y paranoias del refugiado político... Habló entre otras cosas de la mentira: «Simulamos y mentimos por varias razones, porque venimos de pueblos llenos de imaginación, pero también porque queremos ocultarnos, mimetizarnos. Para ponernos a buen recaudo de los intrusos mentimos o exageramos para sobrevivir».

Pía, antes de irse del Non Solo Bar, me informó que luego de su última visita a su ático, Gualberto simplemente había desaparecido. No supo nada más de él. No respondía el teléfono, ni a las decenas de mensajes de texto que le envió ni mucho menos a las cartas electrónicas destinadas al buzón de su computadora.

Pía me propuso una primera entrevista que sería una buena manera de comenzar a conocerlo más y finalmente me recomendó que le ofreciera amistad y ayuda en su búsqueda. «No te comprometas a nada. Encuéntralo y luego de hablar con él decide lo que vas a hacer», me dijo Pía antes de dejarme con una ristra de pensamientos.